

Spanish I --El águila y el león

El águila les dice a los otros animales:

—No debemos molestar a los hombres. Contra ellos no podemos hacer nada, porque son muy listos.

—No es cierto —ruge el león—, a mí nadie me gana. Yo soy el rey —y enseña sus garras.

El león sale al monte buscando a un hombre para demostrarle que él es más valiente. Se encuentra uno que está cortando leña.

—¡Te voy a comer! —le amenaza.

—¿Por qué? Yo te deajo en paz. Yo no te hago nada a ti. ¿Puedes esperarme mientras termino con esto? Tengo que cortar mi leña.

El hombre da un golpe fuerte con su hacha y el hacha se queda atorada.

—Tú que eres tan fuerte —le dice al león—, ¿me puedes ayudar a sacar mi hacha?

El león quiere sacar el hacha, y la pata se le queda atorada. Mientras tanto, el hombre se va.

El león regresa y les dice a los otros animales:

—De veras que no podemos con los hombres, son muy listos.

Por eso es que, hasta la fecha, los leones no molestan a los hombres, les tienen miedo.

Adapted and modified from

<http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/index.php?clave=oriflama&pag=9>

Spanish II -- Nicolás

Todas las noches pasaba lo mismo. Martín apagaba la luz y, cuando comenzaba a quedarse dormido, un ruido lo despertaba.

Como todo estaba tan oscuro, Martín no podía ver quién lo producía. Le daba mucho susto oír cómo el ruido iba de un lado a otro por toda su pieza. El caso es que no lograba dormir hasta bien entrada la noche.

Lo único que lo calmaba, y a veces hasta lo entretenía, era el pensamiento de que seguramente no se trataba de un dragón ni de un tigre, pues el ruido que hacía era muy suave.

Pero, ¿y si era una tarántula, un alacrán grandote o una víbora de cascabel? ¡Qué miedo!

Aquello no podía seguir así. Una buena noche en la que el ruido se escuchaba otra vez, se armó de todo su valor y decidió enfrentar el peligro. Encendió la luz, y... ¡Era un ratoncito!

¡Qué alivio le dio saber que no era ningún animal enojón o maligno! El pobre ratón temblaba.

Sin hacer ruido, Martín fue hasta la cocina y trajo un pedazo de queso. Y sobra decir que desde esa noche el niño y el ratón se hicieron amigos.

Adapted and modified from

<http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/index.php?clave=vendedora&pag=3>

De “Dos palabras”

por Isabel Allende

Belisa Crepusculario [...] descubrió por casualidad la escritura. Al llegar a una aldea en las proximidades de la costa, el viento colocó a sus pies una hoja de periódico. Ella tomó aquel papel amarillo y quebradizo y estuvo largo rato observándolo sin adivinar su uso, hasta que la curiosidad pudo más que su timidez. Se acercó a un hombre que lavaba un caballo en el mismo charco turbio donde ella saciara su sed.

--¿Qué es esto?--preguntó.

--La página deportiva del periódico--replicó el hombre sin dar muestras de asombro ante su ignorancia.

La respuesta dejó atónita a la muchacha, pero no quiso parecer descarada y se limitó a inquirir el significado de las patitas de mosca dibujadas sobre el papel.

--Son palabras, niña. Allí dice que Fulgencio Barba noqueó al Nero Tiznao en el tercer round.

Ese día Belisa Crepusculario se enteró que las palabras andan sueltas sin dueño y cualquiera con un poco de maña puede apoderárselas para comerciar con ellas. Consideró su situación y concluyó que aparte de prostituirse o emplearse como sirvienta en las cocinas de los ricos, eran pocas las ocupaciones que podía desempeñar. Vender palabras le pareció una alternativa decente. A partir de ese momento ejerció esa profesión y nunca le interesó otra.

Vialidad

Julio Cortázar

Un pobre cronopio va en su automóvil y al llegar a una esquina le fallan los frenos y choca contra otro auto. Un vigilante se acerca terriblemente y saca una libreta con tapas azules.

—¿No sabe manejar, usted? —grita el vigilante.

El cronopio lo mira un momento, y luego pregunta:

—¿Usted quién es?

El vigilante se queda duro, echa una ojeada a su uniforme como para convencerse de que no hay error.

—¿Cómo que quién soy? ¿No ve quién soy?

—Yo veo un uniforme de vigilante —explica el cronopio muy afligido—. Usted está dentro del uniforme, pero el uniforme no me dice quién es usted.

El vigilante levanta la mano para pegarle, pero en la mano tiene la libreta y en la otra mano el lápiz, de manera que no le pega y se va adelante a copiar el número de la chapa. El cronopio está muy afligido y quisiera no haber chocado, porque ahora le seguirán haciendo preguntas y él no podrá contestarlas, ya que no sabe quién se las hace y entre desconocidos uno no puede entenderse.

Foreign Language Competition – Spanish Prose Readings for Native Speakers

El Lazarillo de Tormes - Anónimo

Tratado tercero (fragmento)

Vuestra Merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y torné a llorar mis trabajos; allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor.

Finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera. Y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije:

—Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y ansí fui yo loado della hasta hoy día de los amos que yo he tenido.

—Virtud es ésa —dijo él—, y por eso te querré yo más, porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien.

«¡Bien te he entendido! —dije yo entre mí—. ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!»

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. Él, que vio esto, díjome:

—Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo, de tres que eran, el mejor y más grande, y díjome:

—Por mi vida, que parece éste buen pan.

—¡Y cómo agora —dije yo—, señor, es bueno!

—Sí, a fe —dijo él—. ¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?

—No sé yo eso —le dije—; mas a mí no me pone asco el sabor dello.

—Así plega a Dios —dijo el pobre de mi amo.

Y, llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro.

—¡Sabrosísimo pan está —dijo—, por Dios!

Y como le sentí de qué pie coxqueaba, dime priesa, porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase.

Foreign Language Competition – Spanish Prose Readings for Native Speakers

Cien años de soledad – Gabriel García Márquez

Capítulo 5 (fragmento)

Tres días después se casaron en la misa de cinco. José Arcadio había ido el día anterior a la tienda de Pietro Crespi. Lo había encontrado dictando una lección de cítara y no lo llevó aparte para hablarle. «Me caso con Rebeca», le dijo. Pietro Crespi se puso pálido, le entregó la cítara a uno de los discípulos, y dio la clase por terminada. Cuando quedaron solos en el salón atiborrado de instrumentos musicales y juguetes de cuerda, Pietro Crespi dijo:

—Es su hermana.

—No me importa —replicó José Arcadio.

Pietro Crespi se enjugó la frente con el pañuelo impregnado de espliego.

—Es contra natura —explicó— y, además, la ley lo prohíbe.

José Arcadio se impacientó no tanto con la argumentación como con la palidez de Pietro Crespi.

—Me cago dos veces en natura —dijo—. Y se lo vengo a decir para que no se tome la molestia de ir a preguntarle nada a Rebeca.

Pero su comportamiento brutal se quebrantó al ver que a Pietro Crespi se le humedecían los ojos.

—Ahora le dijo en otro tono; que si lo que le gusta es la familia, ahí le queda Amaranta.

El padre Nicanor reveló en el sermón del domingo que José Arcadio y Rebeca no eran hermanos. Úrsula no perdonó nunca lo que consideró como una inconcebible falta de respeto, y cuando regresaron de la iglesia prohibió a los recién casados que volvieran a pisar la casa. Para ella era como si hubieran muerto. Así que alquilaron una casita frente al cementerio y se instalaron en ella sin más muebles que la hamaca de José Arcadio. La noche de bodas a Rebeca le mordió el pie un alacrán que se había metido en su pantufla. Se le adormeció la lengua, pero eso no impidió que pasaran una luna de miel escandalosa. Los vecinos se asustaban con los gritos que despertaban a todo el barrio hasta ocho veces en una noche, y hasta tres veces en la siesta, y rogaban que una pasión tan desafortunada no fuera a perturbar la paz de los muertos.

345 words

Los Convidados de Agosto – Rosario Castellanos
(fragmento del cuento – 346 palabras)

Acabó de animarla la entrada de la salera con una charola en que humeaba un pocillo de café recién hecho y un pequeño cesto de pan cubierto con una servilleta impecable. Emelina contempló a la muchacha que la servía; poco a poco había ido perdiendo su rudeza inicial para aprender las costumbres de la casa. No había traído un pocillo cualquiera, sino el suyo, el que tenía un filo dorado en los bordes y su nombre escrito, con enrevesadas letras, entre una profusión de azules nomeolvides.

—Es un recuerdo de mi abuela—explicó por centésima vez a la criada, mientras sorbía el primer trago.—Como me llamo igual que ella, heredé sus cosas.

La salera asintió con una cortesía ausente. Pensaba si sus fustanes se habrían secado con el sereno de la noche.

—¿Tú también vas a pasear hoy? —le preguntó Emelina, mientras mordisqueaba una rosquilla chuja.

—Sí, niña —respondió la otra ruborizada—. Ya tengo permiso.

—¿Vas a los toros?

La muchacha hizo un gesto negativo y triste. Sus ahorros no eran bastantes más que para asistir a la kermesse.

—Dicen que los toreros son buenos este año—prosiguió Emelina, indiferente a la respuesta de su interlocutora—. Tienen que lucirse. Porque últimamente no nos mandan más que sobras.

Emelina depositó con cuidado la taza sobre el plato. Recordaba, con una especie de resentimiento, la feria anterior. No es que los toreros fueran buenos ni malos. Es que no habían sido toreros sino toreras. ¡Habrás visto! Los hombres estaban encantados, naturalmente, con el vuelo que se dieron. Pero ¿y las muchachas? Había sido una decepción, una burla. ¡Cuántas, repasó Emelina mientras se limpiaba con cuidado las comisuras de la boca, cuántas esperaron esta oportunidad anual para quitarse de encima el peso de una soltería que se iba convirtiendo en irremediable! Muchachas de los barrios, claro, que no tenían mucha honra que perder y ningún apellido que salvaguardar. ¡Y qué descaradas eran, Dios mío! Andaban a los cuatro vientos pregonando (con sus ademanes, con sus risas altas, con sus escotes) que se les quemaba la miel.

La culpa es de los tlaxcaltecas – Elena Garro
(fragmento del cuento)

Nacha reflexionó unos instantes, luego asintió convencida.

— Así eran, señora Laurita.

— Lo terrible es, lo descubrí en ese instante, que todo lo increíble es verdadero. Allí venía él, avanzando por la orilla del puente, con la piel arvida por el sol y el peso de la derrota sobre los hombros desnudos. Sus pasos sonaban como hojas secas. Traía los ojos brillantes. Desde lejos me llegaron sus chispas negras y vi ondear sus cabellos negros en medio de la luz blanquísima del encuentro. Antes de que pudiera evitarlo lo tuve frente a mis ojos. Se detuvo, se cogió de la portezuela del coche y me miró. Tenía una cortada en la mano izquierda, los cabellos llenos de polvo, y por lo herida del hombro le escurría una sangre tan roja, que parecía negra. No me dijo nada. Pero yo supe que iba huyendo, vencido. Quiso decirme que yo merecía la muerte, y al mismo tiempo me dijo que mi muerte ocasionaría la suya. Andaba malherido, en busca mía.

— La culpa es de los tlaxcaltecas — le dije.

"Él se volvió a mirar al cielo. Después recogió otra vez sus ojos sobre los míos.

— ¿Qué te haces? — me preguntó con su voz profunda. No pude decirle que me había casado, porque estoy casada con él. Hay cosas que no se pueden decir, tú lo sabes, Nachita.

— ¿Y los otros? — le pregunté.

Los que salieron vivos andan en las mismas trazas que yo — vi que cada palabra le lastimaba la lengua y me callé, pensando en la vergüenza de mi traición.

-- Ya sabes que tengo miedo y que por eso traiciono...

— Ya lo sé — me contestó y agachó la cabeza. Me conoce desde chica, Nacha. Su padre y el mío eran hermanos y nosotros primos. Siempre me quiso, al menos eso dijo y así lo creímos todos. En el puente yo tenía vergüenza. La sangre le seguía corriendo por el pecho. Saqué un pañuelito de mi bolso y sin una palabra, empecé a limpiársela. También yo siempre lo quise, Nachita, porque él es lo contrario de mí: no tiene miedo y no es traidor. Me cogió la mano y me la miró.

Foreign Language Competition
Spanish Prose Reading for Native Speakers

El Lazarillo de Tormes - Anónimo

Tratado tercero (fragmento)

Vuestra Merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y torné a llorar mis trabajos; allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera. Y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije:

—Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y ansí fui yo loado della hasta hoy día de los amos que yo he tenido.

—Virtud es ésa —dijo él—, y por eso te querré yo más, porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien.

«¡Bien te he entendido! —dije yo entre mí—. ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!»

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. Él, que vio esto, díjome:

—Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo, de tres que eran, el mejor y más grande, y díjome:

Foreign Language Competition
Spanish Prose Reading for Native Speakers

—Por mi vida, que parece éste buen pan.

—¡Y cómo agora —dije yo—, señor, es bueno!

—Sí, a fe —dijo él—. ¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?

—No sé yo eso —le dije—; mas a mí no me pone asco el sabor dello.

—Así plega a Dios —dijo el pobre de mi amo.

Y, llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro.

—¡Sabrosísimo pan está —dijo—, por Dios!

Y como le sentí de qué pie coxqueaba, dime priesa, porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase.